

## INFORMES OFICIALES

### I

## Dictamen sobre declaración de jardín artístico en favor del Retiro de Madrid

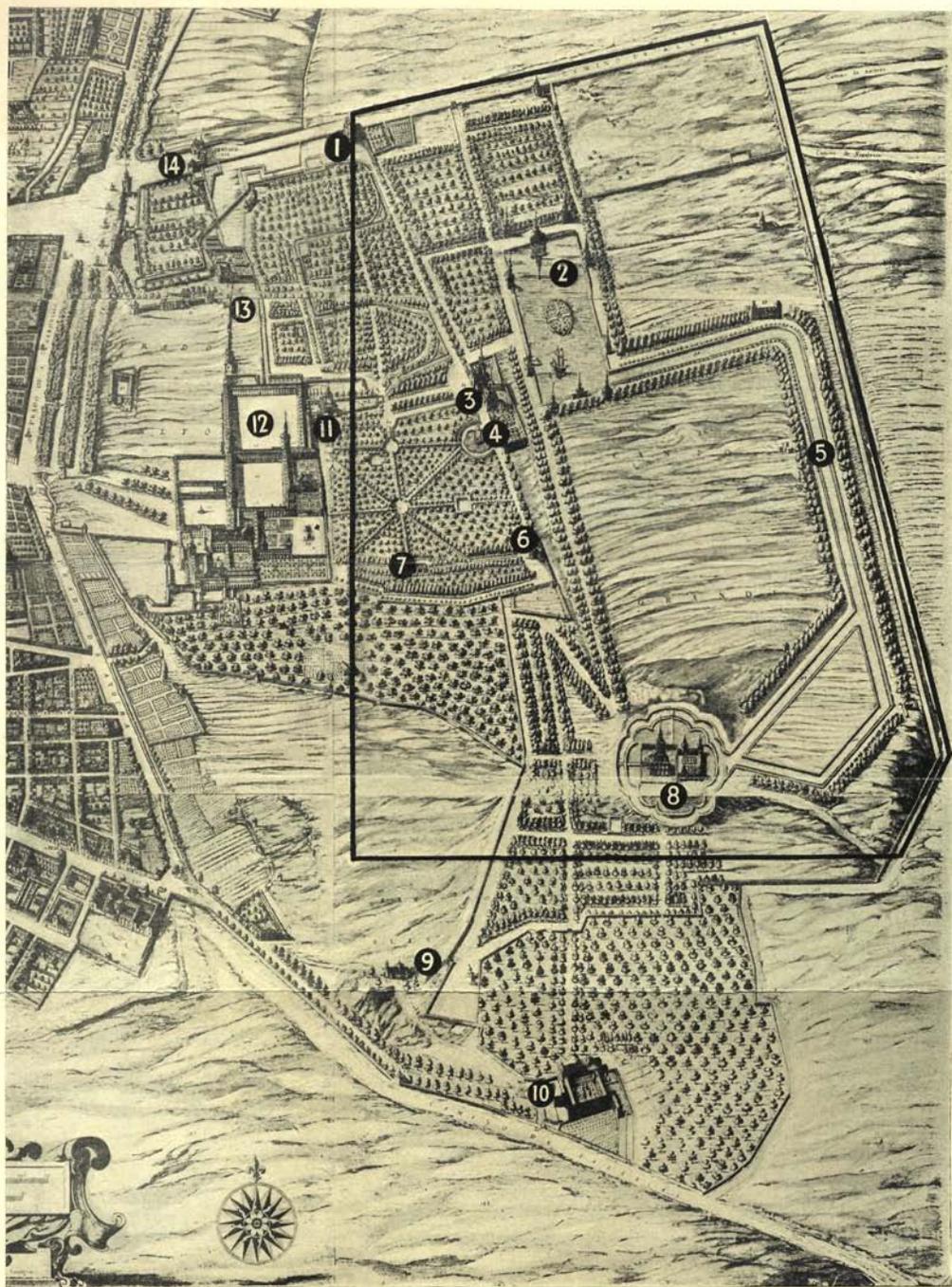
**E**L académico que suscribe, designado para proponer dictamen en el expediente incoado sobre declaración de Jardín Artístico en favor del Parque de Madrid, tradicionalmente denominado el Retiro o Buen Retiro, tiene el honor de proponer a la Academia el siguiente proyecto de informe:

“Demostrada suficientemente por la Academia de Bellas Artes la procedencia de incluir el Retiro entre los jardines protegidos por el Decreto de 3 de junio de 1931, podría esta Academia limitarse a suscribir las razones de pública notoriedad que, en sentir de la Corporación hermana, bastan para justificar la pertinencia de la declaración que se persigue, sin detenerse en más detalles. Pero la singularidad de la posesión de que se trata, amenazada uno y otro día en su actual integridad y destino por la compresión del caserío circundante y por la propensión a edificar dentro de su área, aconseja que, aunque sólo sea para que quede memoria de lo que todavía podría resultar beneficiado con las medidas protectoras del Estado, se haga sucinta mención de algunas de las conexiones históricas que ligan con la vida

nacional los recuerdos que despierta lo que aún subsiste del Buen Retiro de antaño.

Fuera quizás hoy más acertada calificación —en vez de aplicar al lugar de referencia la voz *jardín*, que el *Diccionario de la Lengua española* reserva para el “terreno en donde se cultivan plantas deleitosas por sus flores, matices o fragancia”— la denominación de Bosque del Buen Retiro, como se titulan el de Bolonia, en París; los de Bussaco y Cintra, en Portugal, y el de la Cambre, en Bruselas, tan similares a él por su traza y por el predominio de la vegetación arbórea. Pero jardines, incluso en su parte selvática, se llaman los de La Granja; jardines del Buen Retiro se llamaron por extensión, no sólo los propiamente tales de las inmediaciones del palacio de Felipe IV, sino todo el Real Sitio; y con tal nombre han conocido las generaciones de fines del siglo XIX el ya recortado pero arbolado espacio que, en lo que hoy es el Ministerio de Comunicaciones, estuvo dedicado principalmente a espectáculos y conciertos, sin que en aquel mentidero nocturno hubiera parte ajardinada en el sentido justo de la palabra. No es, pues, arbitrario designar como jardín a lo que, en el léxico oficial exclusivamente, se rotula Parque de Madrid o del Este, sin que ni uno ni otro título haya logrado aclimatarse en el hablar habitual de los madrileños.

Como es sabido, no ha llegado a nosotros más que un resto, aunque todavía considerable, de lo que fueron pertenencias y aledaños del Palacio de los Austrias, que, con sus patios, huertos, plaza de toros, jardines y edificaciones anejas, radicó en los terrenos que actualmente ocupan el Museo de Artillería y el de Reproducciones, reliquias suyas, y algunas otras vías y construcciones. La calle que en un principio se llamó de Granada, luego de Alfonso XII y ahora de Niceto Alcalá Zamora separó por su línea de Poniente al Parque actual del espacio que fué asiento de la residencia



### EL BUEN RETIRO EN 1656

(Detalle reducido, de la «Topografía de la Villa de Madrid, descrita por Don Pedro Texeira»)

La línea negra superpuesta señala aproximadamente el contorno del actual Parque de Madrid.

1. Ermita de la Magdalena.—2. Estanque grande.—3. Ermita de San Bruno.—4. Estanque ochavado o de las Campanillas.—5. Rio Grande.—6. El «gallinero».—7. Ermita de San Pablo.—8. Ermita de San Antonio, luego Fábrica de China.—9. Ermita de San Blas.—10. Convento de Atocha.—11. Ermita de San Isidro.—12. Palacio del Buen Retiro.—13. Ermita de San Juan.—14. Puerta vieja de Alcalá.



real, estando encuadrado aquél, hoy, además, por la calle de Alcalá, antigua carretera de Aragón, al Norte; la Avenida de Menéndez Pelayo, al Este, y el caserío de varias calles modernas al Mediodía, por donde estuvo el olivar de Atocha. Pero aún quedan entre sus arboledas, y en las más de 140 hectáreas de su extensión, cuando no los parajes mismos, huellas y memorias de distintos períodos y acontecimientos, aunque no todos gratos ciertamente (1).

Centro de esas remembranzas sigue siendo el Estanque grande, existente ya cuando Felipe II, en días de meditación y reposo, se acogía a su *Cuarto Real del Retiro*, junto al templo de San Jerónimo del Paso, pero agrandado por el mismo Monarca, al contraer sus cuartas nupcias con Ana de Austria, para celebrar en homenaje a su nueva esposa un simulacro de combate naval entre ocho improvisadas galeras. Quedaría probablemente desde entonces con sus dimensiones actuales el magnífico vaso, que si ya no tiene en sus bordes las cuatro norias y los embarcaderos que situó Teixeira en su minucioso plano de 1656, ni asoma en su promedio la isla ovalada con un templete central que fué solar de teatrillos y asiento de cucañas y estafermos, conserva, en líneas generales, la misma forma que cuando en junio de 1635 se representó la comedia intitulada en nuestra Colección de Jesuítas *Los encantos de Circe*; representación para la cual se hizo en mitad del embalse “un tablado grande y en él un bosque muy espeso con grandes montañas, árboles, fuentes y volcanes de fuego”. Eran tema de la farsa los amores de Ulises y Circe, y la diosa llegó hasta la isla a bordo de un carro triunfal, tirado por dos delfines, “cosa de peregrina invención”,

---

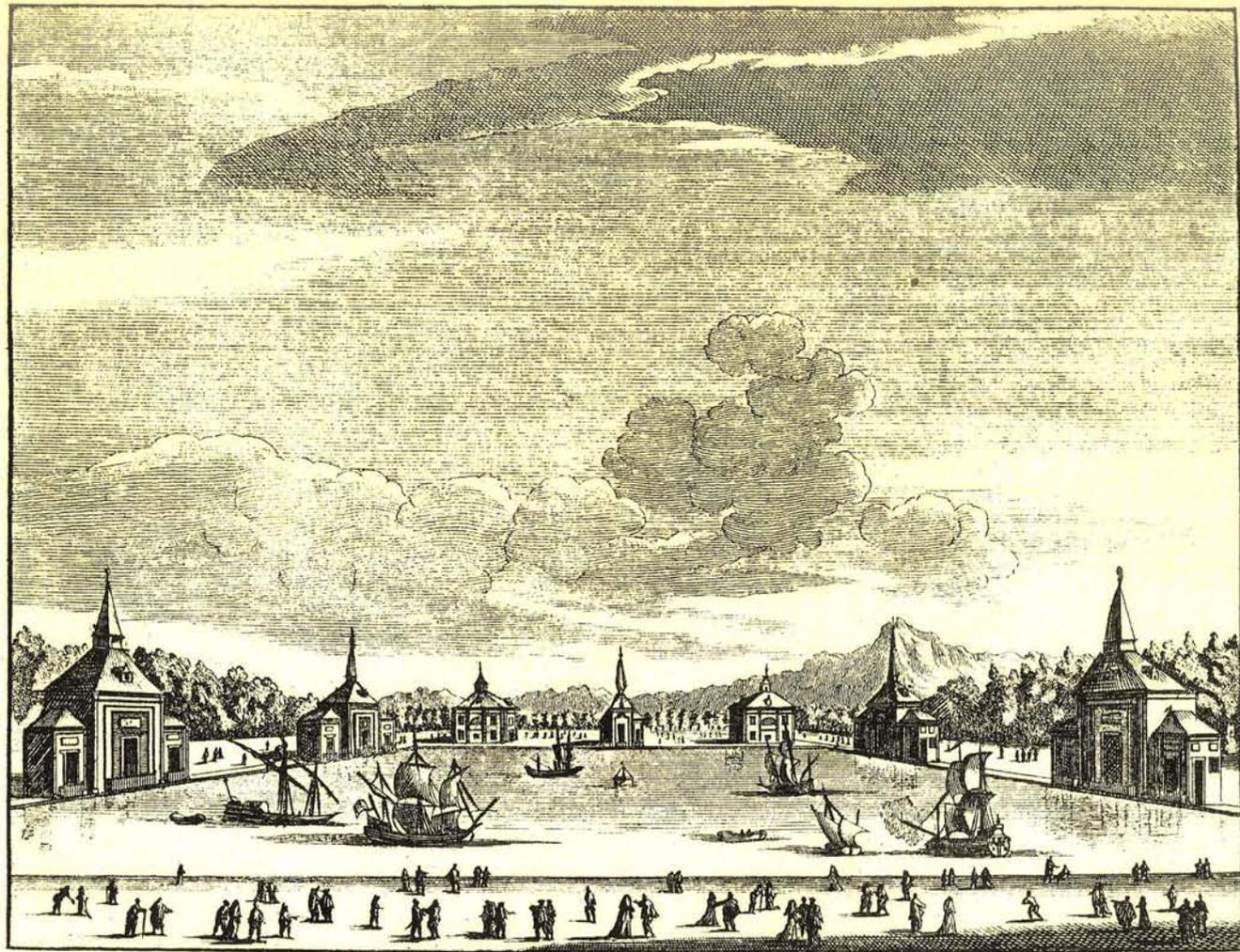
(1) El plano que se acompaña a la presente impresión del informe, recortado del de Teixeira, da idea del antiguo Buen Retiro, de su reducción al área del Parque actual y del emplazamiento de algunos de los puntos más interesantes.

al decir del narrador. “Rematóse la fiesta —continúa éste— con danzas en la tierra y en el agua; la riqueza de los vestidos fué increíble y la variedad de las cosas prodigiosa; duró seis horas y se acabó a la una de la noche. La costa se deja al juicio, que por ser bueno el del piadoso lector, verá cuánta pueda ser (1).”

Otros regocijos presenció en tiempos inmediatamente sucesivos el Estanque, de cuyo gasto da idea, según la misma Colección, una regata que dos años más tarde se preparó para la noche de San Pedro, con un presupuesto de 800.000 ducados, debiendo venir para ello desde Lieja, como despojos de un francés vencido, gran número de estatuas de bronce, de a más de cuarenta arrobas cada una; no siendo buen augurio, por cierto, que una de ellas cayera sobre un hombre desmenuzándole la cabeza, “sin dar lugar a confesar”. Relaciones y descripciones de la época, a menudo enfadosas, dan noticia de diversas pantomimas y distracciones náuticas allí tenidas, siendo en ocasiones espectador y aun actor en ellas el mismo pueblo, pues en determinados días comedias y fiestas a la intemperie “se comunicaban libremente por generosidad de S. M.”, anunciándose por carteles la regia invitación. Tal ocurrió, por ejemplo, con cierta naumaquia que se organizó para el primer día de Pascua de 1639, con artificios del ingeniero Cosme Lotti, representación en barcas flotantes, góndolas guarnicionadas de plata y enviadas a los Reyes por el Duque de Medina de las Torres, desde su virreinato de Nápoles; cenas a bordo, músicas y pólvoras. Hubo de suspenderse, sin embargo, porque apenas empezada desencadenóse un vendaval que hizo chocar embarcaciones, rompió re-

---

(1). Véase la lámina que reproduce un grabado del curioso y raro libro titulado *Les Delices de l'Espagne et du Portugal*, publicado en Leyden por don Juan Alvarez de Colmenar en 1715, y que representa el estanque grande, del cual había desaparecido ya la isla central.





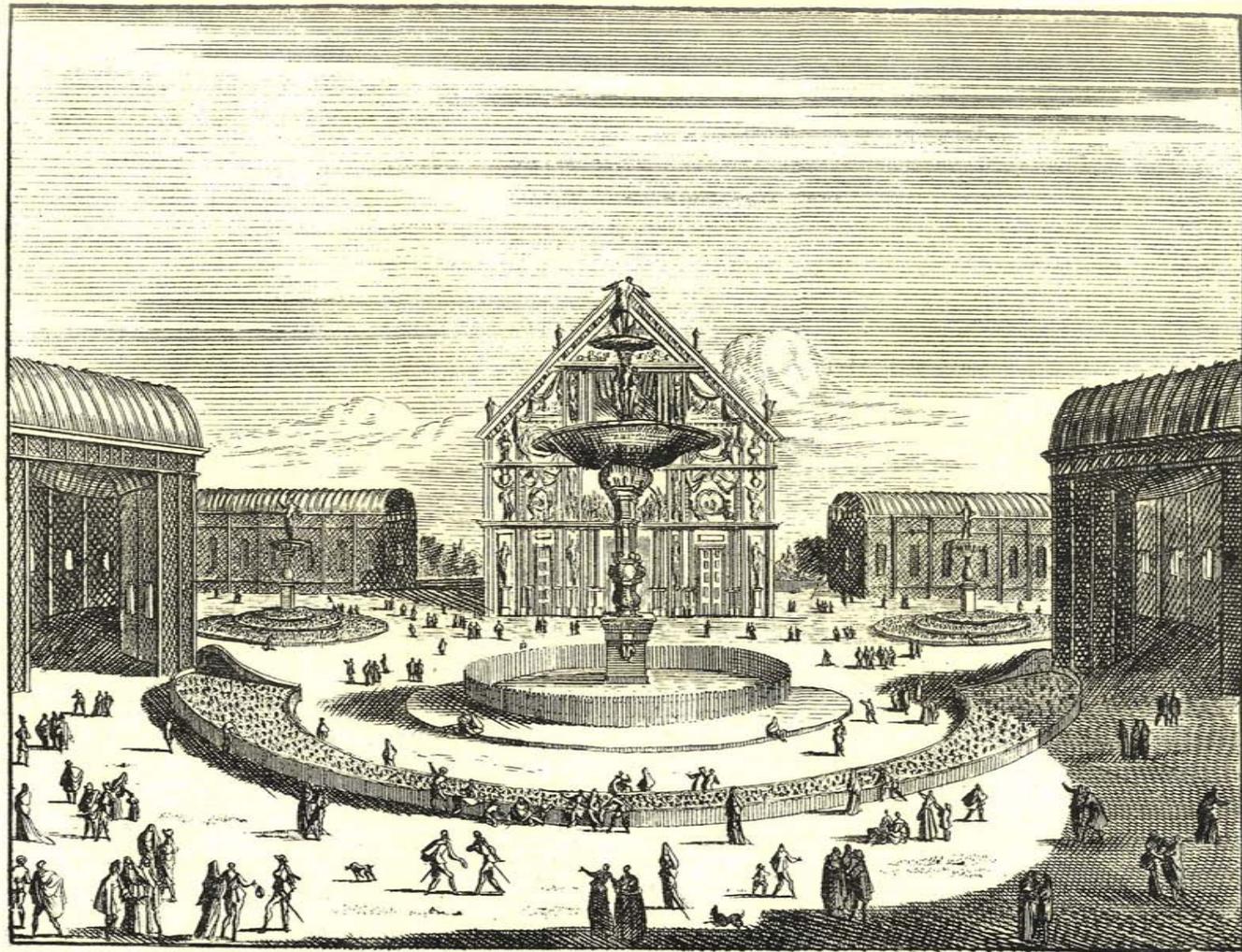
mos y velas, desgarró telones y puso pavor en las damas, singularmente en la Reina que a grandes voces clamaba por la salvación del Príncipe niño, Baltasar Carlos. Mas aunque, por el momento, saltando todos a tierra, “con más priesa que habían entrado, que no fué pequeña” —observa el Padre Sebastián González—, malogróse el espectáculo, al cabo se repitió varios días después, concurriendo al primero, según los *Avisos* de Pellicer, Sus Majestades y Altezas; al siguiente el Consejo Real de Castilla y en el último el Convento de San Jerónimo, las demás religiones y todo el pueblo, estando francas las puertas.

Mas tocaba a su fin tan irreflexivo aturdimiento. Un incendio, primero, en el Palacio; preocupaciones, después; los movimientos, al fin, de Cataluña y Portugal iban a acabar con los alocados festivales. Todavía el 2 de julio de 1640, fecha en la cual, por ser la de la Visitación, celebraba su Santo la Reina Isabel de Borbón, se representó en los tablados del estanque una comedia compuesta nada menos que por tres ingenios de tanta prestancia como don Antonio de Solís, don Francisco de Rojas y don Pedro Calderón. “Fué —afirma Pellicer— acto de gran celebridad.” Pero era ya el chisporroteo final de las luminarias que tan brillantemente habían lucido sobre las aguas del Retiro. Pocos días después, el de la octava del Sacramento, salía al paso de Felipe IV, en la Encarnación, un labrador, a quien reputó de loco, diciendo: “Al Rey le engañan. Señor, esta Monarquía se está acabando.” Había estallado el Corpus de Sangre en Barcelona y no acabaría el año sin que el Duque de Braganza se coronase Rey de Portugal. Desde entonces, las fiestas del Buen Retiro, si no terminaron definitivamente, no volvieron a conocer su primitivo esplendor.

Pero no sólo el Estanque ocupa un lugar en nuestra historia artística. Salía de él hacia Levante el hoy desaparecido Río Grande, que, doblando en la Atara-

zana, es decir, sobre poco más o menos, donde desde hace poco corre la fuente de Ramón y Cajal, torcía a la derecha en la misma dirección que el actual Paseo de Fernán Núñez, y dando vuelta en lo que ahora es la glorieta del Angel Caído, rodeaba —como aquél, la estatua de Bellver—, la ermita de San Antonio de los Portugueses o de los Alemanes. Servía ésta los fines de una fundación que instituyó Felipe III, a instancias del Consejo de Portugal, para alojar a los lusitanos enfermos y amplió luego doña Mariana de Austria, para recoger a los peregrinos de su nación y ver de convertir a los “infectos de herejía” que vinieran entre ellos. Mas otra infección, la del paludismo, aconsejó pronto el traslado de la piadosa institución al casco de la Villa y Corte; y aprovechando lo que quedó del primitivo templo, construyó Carlos III, cegado ya el río, la Real Casa de la China o Fábrica de porcelanas del Buen Retiro, de universal renombre. Basta citarla para que, sin ser ceramista ni anticuario, se asocie el recuerdo del sitio al de tantos primores de arte como, desde los Gricci a don Esteban de Agreda, allí se labraron, y para que, recordando los afamados mosaicos, bizcochos y marfiles, las delicadas piezas de servicio de mesa, el salón chino de Aranjuez, las bellas estatuillas que plasmaron tantos temas de mitología y aun de costumbrismo, las estupendas obras de arte, entre las que descuella la Quinta Angustia de la Colección Laiglesia, se maldiga de los efectos de la guerra, que hizo en 1808 de los pacíficos talleres alojamiento de las tropas francesas y dió pretexto al general Hill, en 1812, para prenderles fuego en holocausto a la ayuda que nos prestó el ejército inglés.

No fué, sin embargo, la guerra únicamente, sino también los estragos del tiempo los que consumieron otras curiosidades del Retiro. Ni rastro se halla, aunque estuvo en el primer tercio del Paseo que suele llamarse del Barco, de aquel tan comentado *gallinero* de la Condesa de Olivares, base de lo que había de ser la





esplendida Real posesión, donde, al lado de “jardines muy vistosos, con muchas fuentes y estatuas de mármol” —según escribían al Padre Pereyra en 1634— y pasando por calles que flanqueaban “arcos de madera labrada entretrejos de rosales, moreras y membrillos”, maravillaba a los visitantes, “formada de enrejados de alambre una como jaula gigantesca, en la que se han recogido de todas partes aves exquisitas por su canto y plumaje” (1). Más abajo debió de estar la leonera florentina que se señala “cerca del cuarto que cae a Poniente hacia el Prado”. Pero aún puede reconocerse, como vestigio del “gran estanque de forma ochavada para aves acuáticas, cisnes, gansos y patos” —así descrito en la aludida carta al jesuíta—, que estuvo servido por diez y seis caños, y en medio del cual había una “torrecilla muy hermosa”, la melancólica taza de cierto semi-abandonado estanquito, en cuyo centro hubo una esbelta torre que se llamó de *las Campanillas*, hoy desmochada y cubierta de líquenes y maleza. Agoniza el un día risueño lago a izquierdas del Parterre (2) y por encima de él; bastando comparar el perfil de su perímetro, cerrado por una verja de ocho curvas, con el “estanque ochavado” que marcó Texeira en su plano con el número 85, para poder identificarle con toda certeza.

Dibújanse también en el instructivo plano las distintas ermitas que, quizás en desagravio o compensación de tanta ligereza y desfado como presenciaron

---

(1) En el grabado, que se reproduce del libro de Alvarez de Colmenar, aparecen a uno y otro lado de la ermita de San Pablo, algo detrás de ella, dos jaulas que, así como las otras dos de delante, debieron de ser ampliaciones y modificaciones del primitivo “gallinero”.

(2) El Parterre, que sustituyó a varias calles o paseos cubiertos de enramadas, se restauró en 1841. En su centro, donde hoy está el busto del doctor Benavente, se colocó el grupo escultórico de Daoiz y Velarde, obra de don Antonio Solá, que luego ha sido objeto de varias mudanzas.

los inmediatos bosquetes y calles cubiertas, se erigieron en sus cercanías. Por estar fuera del campo de nuestro estudio mencionaremos simplemente la de San Babilés o San Blas en los altos del cerro que corona, al presente, el Observatorio Astronómico; la de San Juan, después Palacio, sita aproximadamente donde está el Frontón Jai-Alai, calle de Alfonso XI; y la de San Isidro, que fué parroquia del Real Sitio, consagrada a Nuestra Señora de las Angustias, detrás del llamado Patio grande del antiguo Palacio. Pero, además de la de San Antonio, quedaban dentro del Parque de ahora tres ermitas.

Era la más alejada del regio alojamiento la de la Magdalena, que por estar en la linde de la antigua carretera de Aragón, frente a nuestra contemporánea calle de Claudio Coello, poco más o menos, hacía simultáneamente oficios de pabellón de recepción de huéspedes ilustres que vinieran por el “camino real de Alcalá”. Tal sucedió, por ejemplo, con la Duquesa de Mantua, la desafortunada Margarita de Saboya, a cuyo encuentro, cuando pasó por Madrid para posesionarse de su Virreinato de Portugal, salieron a caballo el Conde Duque y la flor de la nobleza, esperándola en la ermita su primo el Rey Felipe, que la tomó en su coche para conducirla a Palacio, donde la tenían aderezado el aposento. “Haranla fiestas y despacharanla a Portugal”, escribía el Padre Vilches. Allí también fué recibida la Princesa de Carignan, doña María de Borbón, como refirió en ilustrada monografía el Marqués de Laurençín. Venía de Barajas y la Alameda, según el Padre Sebastián González, y “salióla a recibir al arroyo de Brañigal (Abroñigal) el Conde Duque, vestido de camelado, con grande guarnición de plata”, dando así principio, no sólo a los ruidosos festejos y dispendios, sino a los quebraderos de cabeza que originó la estancia en la Corte de la intrigante dama y de su séquito, para cuyo agasajo se construyó, junto a la residencia real, una

plaza de toros que sólo en andamios consumió “toda cuanta madera había en Madrid y en su comarca —según decían— y han faltado 60.000 tablas, que se han mandado traer de los montes más distantes”, tala que hace presumir cuánto padecerían, por tanto, los bosques del Real Sitio. Y allí mismo debió de ser donde un año más tarde se abrieron unas celosías para que, a través de ellas, vieran Sus Majestades la entrada no menos vistosa de la no menos molesta Duquesa de Chevrosa (Chevreuse), “despechugada y desenfadada”, y resuelta a reñir con la Carignan por un quítame allá esas pajas. Pero aún hacía la citada ermita otros oficios en sus atrios y jardines circundantes, pues también llegaban a ella profanas expansiones, tales como una máscara de doce mujeres que el gran animador don Gaspar de Guzmán organizó en la Magdalena a modo de revista de “cuantas habilidades, tramoyas, bailes, entremeses y comedias” se habían visto en todo el año.

Para análogos fines y con mayor justificación, por estar más próxima a Palacio, se utilizaron más de una vez las florestas y huertas de la ermita de San Pablo, con destino a la cual pintó Velázquez su cuadro *San Antón y San Pablo, ermitaño* (1). Estaba hacia la derecha del Parterre de ahora y solíanse a su lado representar comedias y servirse bulliciosas y succulentas meriendas, a las que concurrieron más de una vez los vecinos frailes de San Jerónimo, en debido y, es de suponer, que gustoso acatamiento a reales mandatos. Fué en ella donde se guarecieron, a medio vestir, reyes y damas cuando, en la madrugada del 21 de febrero de 1640, y con gran destrucción de trajes y tocados, sufrió el Palacio

---

(1) Es el catalogado en el Museo del Prado, núm. 1.169, con el título “San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño”. Beruete lo creía la postrera obra de Velázquez. Picón supuso que no fué para esta ermita, sino para la de San Antonio para donde fué pintado este lienzo.

el primero de los tres incendios que, en sentir de algunos, fueron chispazos de la ira celestial. Por cierto que, reanudadas a los pocos días las comedias, los *Avi-sos* de Pellicer anotaron que “las señoras damas, con la falta de los adornos, mostraban más años y, otras, sin los aliños, menos deidad”.

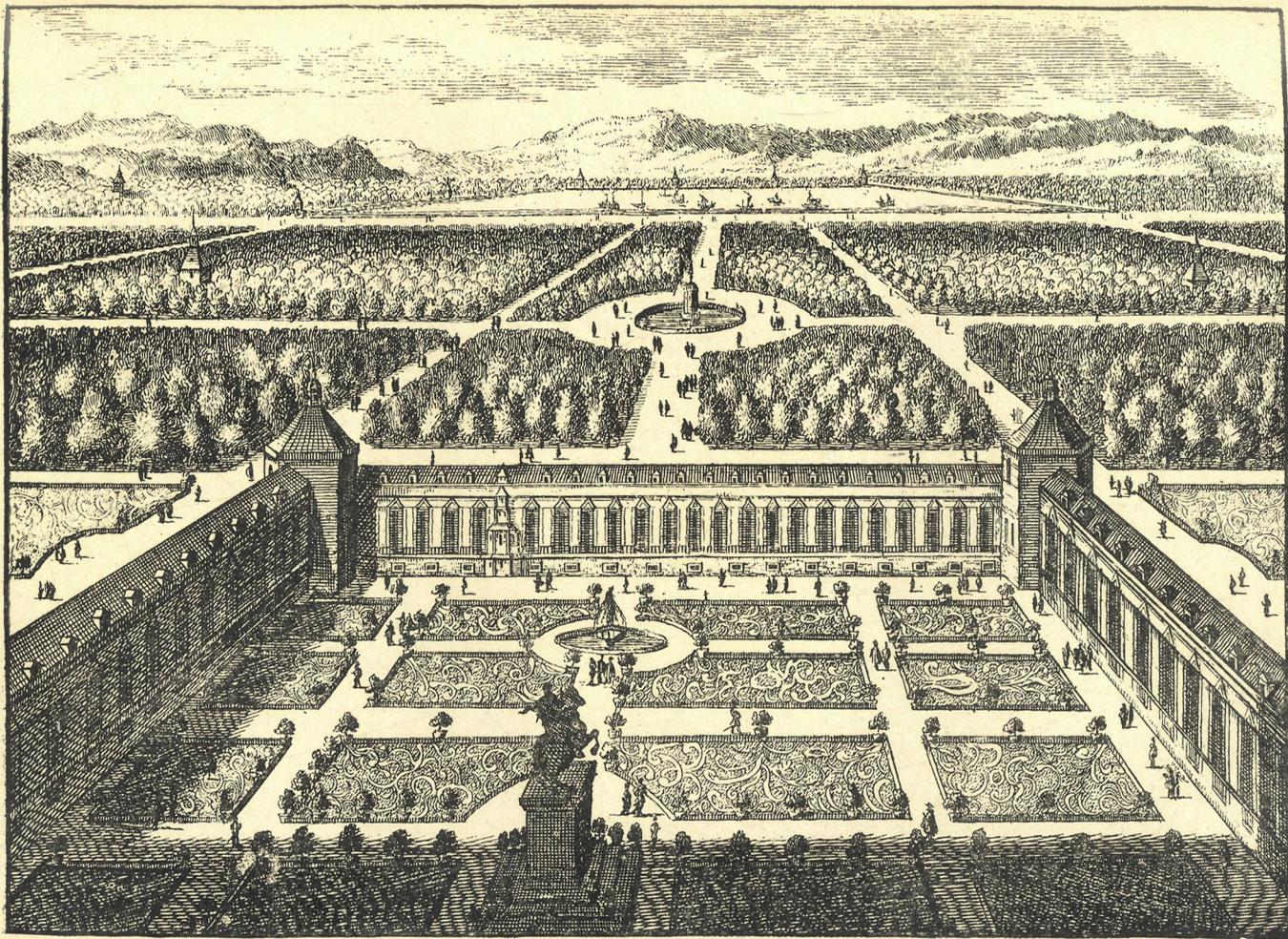
Mas, bien fuera porque la intermediación del Estanque, cerca de cuya banda occidental se alzaba, permitiera enlazar sus fiestas con las acuáticas, bien porque tenía a su espalda la hace tiempo desaparecida Sala de las Burlas, era quizás la de San Bruno la más favorecida por las alegrías de la Corte. Queda, entre otros, en papeles de la época, el recuerdo de una fiesta que, junto al santuario del cartujo, dispuso la Condesa-Duquesa de Olivares, con bailes, loa, pantomima de boda gallega y comedia representada por “hijos de vecino” (1), y los contemporáneos se hacían lenguas de la merienda, nada cartujana, que el muy rico portugués Manuel Cortizo ofreció en el jardín de la ermita, donde “desmintiendo la sazón del año había árboles verdes cargados de varios géneros de fruta... y otros de dulces, haciendo ventaja a todo una parra con hojas postizas, pero con verdaderas uvas, como si fuera otoño y no a 16 de febrero”.

Era, de todos modos, tan artificioso cual la parra aquel atolondrado derroche de riquezas, alimentado con las escurriduras de un tesoro empobrecido. Sobrevino el desastre. El Palacio que se honró al nacer con el canto de Lope de Vega “A la primera fiesta del Palacio nuevo” sufrió dos incendios más, estragadores, en 1734 y 1787, pero sufrió, sobre todo, los efectos del desvío, principalmente desde que se reconstruyó el Alcázar de Oriente (2). Ciertamente que Carlos II tuvo en él

---

(1) Así llamaban entonces a los aficionados.

(2) El grabado del libro de Alvarez de Colmenar, que se



El Real Palacio del Buen Retiro a fines del siglo XVII



fechas memorables: la de la noche en que allí le llevaron para separarlo de su madre, en las circunstancias de misterio relatadas con todo pormenor por el señor Maura y Gamazo (1); la de su luna de miel con María Luisa; la de sus segundas bodas con María Ana de Neoburg, para cuya perpetua memoria se erigió la Puerta que es hoy ingreso del Parque frente al Casón. Cier- to que don Juan José de Austria se instaló allí, como primer ministro, y doña Mariana de Austria le eligió, al morir aquél, para su residencia. Cier- to también que los Borbones le ocuparon ínterin concluyeran las obras del otro primitivo Palacio, y algo resurgieron las pasadas fiestas; pero, a excepción de la plantación del Parterre y de la erección de la famosa Fábrica de la China, tales jornadas apenas si dejaron huella del paso de la Corte por los jardines del Real Sitio que, clausu- rados para el vecindario, arrastraron lánguidamente su vida hasta que en la invasión de 1808 el hacha y el ca- ñón francés arrasaron aquellas frondas bajo las cuales corrieron tantas encamisadas, cintas y alcancías; ri- ñóse tanto duelo; enredáronse tantas intrigas de gobier- no y amor; ruaron tantas carrozas y furlones y se so- lazaron tantos lindos y meninas en gallardas y ale- mandas.

Cuando en 1810 lord Blaynay, prisionero de gue- rra inglés, se alojó en las ruinas del Palacio del Buen Retiro, que estaban acabando de demoler, dolióse en sus apuntes del espectáculo: paseos abandonados, sal- tos de agua paralizados, estanques en seco. "Los jar- dines sólo presentan estatuas mutiladas... Un Narci- so queda entero porque quedó fuera del alcance de los

---

reproduce para ilustración de este informe, representa el Palacio tal como debía de estar en principios del siglo XVIII, y en él se ve todavía la estatua ecuestre de Felipe IV, luego trasladada al embarcadero del estanque, y de allí a la Plaza de Oriente en 1844.

(1) *Carlos II y su época*, pág. 333, tomo 2.º

destructores... En una palabra, toda la finca tiene más la apariencia de las devastaciones de los godos y de los vándalos que de la visita de los franceses que se dicen amigos y protectores de las artes.” A lo que, no sin cierta justicia, replicaba Mr. Fée en sus *Souvenirs de la Guerre d'Espagne*, recordando la mala ventura de la Fábrica de porcelanas: “Los árboles han vuelto a brotar —observaba—; la fábrica quedó en ruinas para siempre.” (1).

Ello es que, entre unos y otros, dieron al traste con lo mejor de la artística morada regia y de los bellos pensiles y arboledas que oyeron las más inspiradas en-dechas de nuestro Siglo de Oro. Cuanto por allí queda debe, en honor de la verdad, abonarse casi por entero al haber de las generaciones posteriores. Y aun de las mejoras que enumeró Madoz cuando en 1847 publicó su *Diccionario geográfico*, muchas han ido desapareciendo. Subsisten, sin embargo, la montaña artificial, la modificada Casa del Pobre y el Rico en el arranque de la calle del Paraguay, la fuente egipcia al lado del Estanque, la luego transformada Casa de Fieras y el Paseo llamado de las Estatuas, hoy de la Argentina —abierto entonces desde donde estuvo el viejo juego de pelota—, paseo que debió su primitivo nombre a doce de las esculturas que estuvieron destinadas a coronar la balaustrada que festonea los áticos del Palacio de Oriente y que, por temor a su caída, se esparcieron sin ton ni son por plazas y parques. Por cierto que ya Madoz se lamentaba del escaso orden que

---

(1) Es de justicia consignar que no siempre fué tan espesa la arboleda del Retiro como en los tiempos presentes. Las láminas XXII y XLII del *Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*, cuyos artículos de los señores Velasco y Ezquerria han sido muy útiles para la preparación de este estudio, demuestran que, al menos, durante el reinado de Carlos II, había en el Real Sitio grandes espacios descampados y calvos.

se guardó en la colocación de las del Retiro, pero aún siguen allí, en anacrónica camaradería, Gundemaro dando frente a Fernando I, Chintila mano a mano con Carlos II y la dieciochesca María Luisa de Saboya iniciando un paso de pavana con el godo Alarico.

Elogiaba, en cambio, el susodicho *Diccionario* las soberanas providencias que, poco a poco, iban permitiendo el acceso del público a las zonas reservadas del Retiro, pero todavía la generación que ya envejece recuerda un gran sector en las inmediaciones de los altos de la calle de Alcalá, donde, aun en tiempos de Alfonso XII, sólo se penetraba mediante pago o permiso, sector dentro del cual un intrincado laberinto de cipreses o de arbustos era el complemento de los regocijos de la gente moza cuando, por una tradicional tolerancia, señaladamente en la mañana del 2 de mayo, entraba a hurtar lilas entre el bosque. Llegó, sin embargo, a ser dueño de la finca, por cesión del Estado, el Municipio madrileño (1), y convertida en Parque pú-

---

(1) El Patrimonio real, en los últimos años del reinado de Isabel II se había preocupado mucho de la urbanización del Retiro, tan tocante ya con el caserío de la Corte. A este efecto, suprimiendo dos huertas de suelo hundido y cercas mezquinas que afeaban las proximidades de la Puerta de Alcalá, trazó desde ésta hasta el Estanque la gran calle oblicua que da hoy acceso al Parque, y entró en inteligencias con el Ayuntamiento de Madrid para convenir en un plan de reforma de toda la zona que quedaba por bajo de la que fué calle de Granada. Posteriormente se promulgó la ley de 12 de mayo de 1865, en virtud de la cual se deslindaron todos los bienes del Patrimonio y los particulares, o de libre disposición de la Corona, y se incluyó entre aquéllos el Real Sitio del Buen Retiro, pero exceptuándose la parte que, de acuerdo con el Ayuntamiento, se destinaba a construcciones y vías públicas para embellecimiento de la capital. Esta ley, que el Gobierno quiso se agradeciera como un gesto de magnanimidad de la Reina Isabel, la cual, en efecto, cedía la propiedad de varios bienes tradicionalmente reputados como de la Corona, a cambio de que se reconociera a ésta un 15 por 100 en

blico se abolieron al cabo, una tras otra, todas las restricciones, siendo justo reconocer que, aunque con lamentables períodos de descuido, constituye en la actualidad uno de los más notables de Europa.

Abierto el Paseo de Coches en 1885, por iniciativa y aun en parte a expensas del Comisario del Parque, señor Duque de Fernán Núñez, fué dicha arteria palpitation vibrante de la vida cortesana durante los ciclos de la Restauración y de la Regencia, habiéndose celebrado en él, además del habitual desfile de carruajes a la salida de las corridas de toros, misas de campaña, batallas de flores, fiestas carnavalescas. Hermosea, también, el Retiro desde hace unos lustros la rosaleda que rodea la estufa que fué jardín de invierno y aun comedor del Marqués de Salamanca, en su señorial mansión del Paseo de Recoletos. Los restos románicos de la capilla avilesa de San Isidoro, transportados al pie de la montaña rusa, en lo que fué en remotas edades el Campo de las Liebres, ponen una nota de emoción retrospectiva entre el follaje de la entrada por la calle de O'Donnell, mientras que más abajo la Puerta de Hernani da paso a la moderna zona de recreos y, en el chaflán de la Plaza de la Independencia, la Puerta de Madrid resulta a veces estrecha para recibir la popular concurrencia dominguera.

El casco urbano cedió al Retiro, para adornar dos ángulos del Estanque, la fuente de Isabel o de los Ga-

---

el producto de las ventas, fué la que dió pie al famoso artículo de Castelar en *La Democracia*, titulado "El Rasgo", origen de los sucesos de la histórica noche de San Daniel. Sobvenida tres años después la Revolución, la Ley de 18 de diciembre de 1869 no incluyó ya el Retiro entre las fincas destinadas al servicio y uso del Monarca, confirmándose así al Ayuntamiento de Madrid en la posesión del antiguo Real Sitio. Para ampliación de los precedentes datos puede verse la obra de don Fernando Cos-Gayón, titulada *Historia jurídica del Patrimonio Real*.

lápagos, que para la Red de San Luis, y en conmemoración del natalicio de Isabel II, labraron Mariategui y Tomás, y la de la Alcachofa, de Alfonso Verger y Antonio Primo, que estuvo en el Prado de Atocha cuando Ventura Rodríguez diseñó su reforma. El antes descampado Campo Grande dió asilo, en las cercanías de otro poético lago, a los dos pabellones de exposiciones que albergaron un día la de la Minería, la de Filipinas y varias más, y son consuetudinario local de los certámenes de Bellas Artes. Por suscripción nacional se erigió sobre el gran Estanque, enfilando casi la puerta innominada que abre frente a la calle de Antonio Maura, el monumento al Rey Pacificador que, aunque incompleto en relación al proyecto, constituye un soberbio elemento decorativo. Y, en fin, acá y acullá las estatuas y monumentos a Campoamor, Martínez Campos, Galdós y Chapí (1), y otros menores, pero también apreciables, contribuyen a hacer de lo que perdura de la predilecta creación del Rey Felipe (que sólo mereció el dictado de *Grande* por la protección que dió a las artes su en tal respecto no igualado siglo) una posesión artístico-histórica, recreo de la vista y del espíritu, para la cual, tanto por lo que es como por lo que fué, toda protección oficial parecerá justificada a la Academia.

Por tanto, ésta, que no ha pretendido hacer historia ni inventario del Buen Retiro, sino dejar consignados los motivos por los cuales reputa al Parque de Madrid merecedor de la calificación de Jardín artístico,

---

(1) Después de redactado este informe se ha inaugurado otro monumento: el dedicado a los hermanos Alvarez Quintero en las inmediaciones del que se eleva a la República de Cuba en la Plaza del Salvador.

se adhiere al parecer de la Academia de San Fernando y es de dictamen que procede hacer tal declaración.”

La Corporación, no obstante, resolverá.

Madrid, 1.º de noviembre de 1934.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

La Academia hizo suyo este informe en sesión de 13 del mismo mes.